

XXI Domingo del Tiempo Ordinario
¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna
(Jn 6, 60,69)

ANTÍFONA DE ENTRADA

Inclina tu oído, Señor, escúchame. Salva a tu siervo que confía en ti. Piedad de mí, que a ti estoy llamando todo el día

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que unes los corazones de tus fieles en un mismo deseo; inspira a tu pueblo el amor a tus preceptos y la esperanza en tus promesas, para que, en medio de la vicisitudes del mundo, nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría.

PRIMERA LECTURA (Jos 24, 1-2a. 15-17. 18b)

Serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios

Lectura del libro de Josué

En aquellos días, Josué reunió todas las tribus de Israel en Siquén y llamó a los ancianos, a los jefes, a los jueces, a los magistrados para que se presentasen ante Dios. Josué dijo a todo el pueblo: «Si no os parece bien servir al Señor, escoged a quién servir: a los dioses a quienes sirvieron vuestros antepasados al este del Éufrates o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis. Yo y mi casa serviremos al Señor.» El pueblo respondió: «¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! El Señor es nuestro Dios; él nos sacó a nosotros y a nuestros padres de Egipto, de la esclavitud; él hizo a nuestra vista grandes signos, nos protegió en el camino que recorrimos y entre los pueblos por donde cruzamos. Nosotros serviremos al Señor: ¡es nuestro Dios.!

SALMO RESPONSORIAL (Sal. 33, 2-3. 16-17. 18-19. 20-21. 22-23)

R/. Gustad y ved que bueno es el Señor

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. ***R/.***

Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos escuchan sus gritos;
pero el Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria. ***R/.***

Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias;
el Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos. ***R/.***

Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo libra el Señor;
él cuida de todos sus huesos,
y ni uno solo se quebrara. ***R/.***

La maldad da muerte al malvado,
y los que odian al justo serán castigados.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA (Ef 5, 21-32)

Es éste un gran misterio yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia

Lectura de la Carta del apóstol San Pablo a los Efesios

Hermanos: Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano. Las mujeres, que se sometan a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo. Pues como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo.

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para colocarla ante sí gloriosa, la Iglesia sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. «Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.» Es éste un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO

R/. Aleluya, aleluya

Tus Palabras, Señor, son espíritu y vida; tú tienes Palabras de vida eterna.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO ((Jn 6,60-69))

¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna

Lectura del Evangelio según san Juan

En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: «Este modo de hablar es inaceptable, ¿quién puede hacerle caso?» Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban les dijo: «¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Y con todo, algunos de vosotros no creen.» Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede.» Desde entonces muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: « ¿También vosotros queréis marcharos?» Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios.»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Por el único sacrificio de Cristo, tu Unigénito, te has adquirido, Señor, un pueblo de hijos; concédenos propicio los dones de la unidad y de la paz en tu Iglesia.

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Sal 103,13-15)

La tierra se sacia de tu acción fecunda, Señor, para sacar pan de los campos y vino que alegra el corazón del hombre.

o bien (Jn 6,55)

El que come mi carne y bebe mi sangre – dice el Señor – tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.

Lectio

La perícopa que nos ofrece la Liturgia de este XXI Domingo, Jn 6, 60-69, toma la última parte del discurso de Jesús en Cafarnaúm sobre la Eucaristía. Él les habló a sus discípulos sobre el valor absoluto de su liberación del pecado y de la muerte, sobre la vida eterna y la verdadera vida del alma.

Sobre su Cuerpo y Sangre que debemos comer y tomar para que esta vida – su propia vida – venga a nuestro ser.

Hoy se nos revela la crisis de Cafarnaúm. Este es un punto álgido, difícil, conflictivo, en la vida apostólica de Jesús. Su verdad divide a los discípulos, y a aquellos que le seguían por razones ambiguas se retiran, y a Jesús muchos de sus seguidores lo abandonan, se dirige a los doce Apóstoles “¿también vosotros queréis marcharos?” (Jn. 6,67) Jesús los interpela sobre la calidad de su compromiso. A medida que Jesús fue explicando lo que significaba seguirlo a Él, se fueron quedando atrás aquellos que tenían motivaciones frágiles en su seguimiento.

La elección de Dios y la fidelidad a él son los temas de la primera y tercera lectura de la liturgia de este domingo.

Cuando el pueblo hebreo, atravesado el Jordán, está para entrar en la tierra prometida, Josué le plantea este dilema: A tomar partido con los idólatras o decidirse por Yahvé

(Js 24,1-2^a.15-18). En otras palabras: o Dios o los ídolos. La respuesta es unánime: “¡lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros!... Nosotros serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios” (v 16.18). Por desgracia en la práctica continuara Israel, lo mismo que en el pasado, fluctuando entre la fidelidad a Dios y la idolatría: pero teóricamente la elección está hecha: El pueblo reconoce que solo Yahvé es su Dios y luego muchos, y aún la mayor parte, prevaricarán, quedará siempre un “resto” fiel. Es una llamada a reflexionar que no basta elegir a Dios una vez en la vida, sino que es preciso renovar cada día la elección recordando que es imposible servir a Dios y al mismo tiempo a las teorías, vanidades y caprichos del mundo que son otros tantos ídolos.

Al concluir el discurso sobre el “*pan de vida*” (Jn 6,61-69) también Jesús impone una elección a cuantos le escuchan. O seguirle aceptando el misterio de su carne y de su sangre dados en alimento a los hombres o apartarse de él. No solo los judíos se escandalizan de sus palabras, sino hasta “muchos discípulos” suyos murmuran: “este modo de hablar es inaceptable, ¿Quién puede hacerle caso?” (v60). Y Jesús en lugar de cambiar de estilo, les advierte la necesidad de la fe: “El Espíritu es quien da vida; la Carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Y con todo algunos de vosotros no creen” (v60-64) Nada, pues, de escandalizarse o discutir, sin creer. Sin la fe y sin el Espíritu que ilumina y vivifica, el mismo misterio del Cuerpo de Cristo puede quedarse en “carne” que no aprovecha al espíritu y no da la vida. Sin la fe el hombre puede oír hablar de carne y sangre de Cristo, puede ver pan y vino, pero no entender la gran realidad escondida en estas palabras y en estos signos. No hay que ser fáciles en condenar a quien no cree; hay que compadecerle más bien y orar para que los hombres se habrán al don de la fe que Dios concede con largueza, y no lo rehúsen prefiriéndole a sus cortos razonamientos humanos. Por esta repulsa “muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron a ir con él”. (v66). Es impresionante en comprobar que el Señor no hizo nada por retenerlos, sino, vuelto a los Doce, les pregunto: “¿También vosotros queréis marcharos?” (v67). El misterio de Cristo es único e indivisible: O se lo acepta íntegramente o, rechazando un aspecto, se lo rehúsa todo. Ni siquiera la compasión por los incrédulos o el deseo de atraer a los hermanos alejados puede legitimar una mutilación de lo que Jesús ha dicho sobre la Eucaristía. Nadie ha amado a los hombres y procurado su salvación más que él; sin embargo, ha preferido perder “muchos” discípulos a modificar una sola de sus palabras. Quien se ha decidido por Cristo solo tiene que decir con Pedro: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos, y sabemos que tú eres el Santo consagrado de Dios” (v68-69) conviene recordar con temor que Judas se apartó del Maestro justamente en esta ocasión; el anuncio de la Eucaristía fue la piedra de toque de la autenticidad de la elección de Cristo no solo por parte del pueblo, sino por la de los discípulos y apóstoles. Así la fe en este misterio continuará distinguiendo, a través de los siglos, a los verdaderos seguidores de Cristo.

Se puede todavía decir ¿que el Cristo Crucificado es un escándalo?, ¿O un obstáculo a la fe?, al contrario, La muerte es necesaria. De hecho, la vida de Jesús en la carne o sea terrenal no sirve de nada, no vivifica. Solo la donación de esta en la muerte, abre el camino a la obra creativa del Espíritu, que la experimenta aquel que come la carne y cree en el crucificado y lo recibe en la Eucarística.

¿La respuesta de Jesús significa, refiriéndose a la Eucaristía “¿Cuándo veáis al Hijo del Hombre, subir a donde estaba antes?” (62) supone no solo la muerte, sino también la exaltación celestial del Salvador. Es de hecho la ascensión que permite a la carne de Cristo, transfigurada en la gloria mediante el Espíritu de descender en forma de Pan Eucarístico y conferir a los hombres la vida divina. Repitamos nuestra adhesión a Cristo con las palabras de Pedro “¿Señor a quien iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”.

Señor, la fe nos une a ti, y la inteligencia nos vivifica. Haz que nos constituyamos en la unidad por la fe, para que tenga existencia lo que pueda ser vivificado por la inteligencia. Quien no se une a ti, pone resistencia; y quien se opone no cree. ¿Podrá ser vivificado quien resiste? Es enemigo del rayo de la luz, que le debía penetrar: no aparta los ojos, pero cierra su mente... Señor, que yo crea y me abra; que abra mi inteligencia para ser iluminado.

Si nos vamos de tu compañía, ¿a quién iremos? “Tú tienes palabras de vida eterna” ... Porque tú nos das la vida eterna en el servicio de tu cuerpo y de tu sangre, y nosotros hemos creído y entendido. Creímos, para llegar a comprender; porque si quisiéramos entender primero y creer después, no habiéramos conseguido ni entender ni creer. ¿Qué es lo que hemos creído y qué es lo que hemos entendido? “Que tú eres el Cristo Hijo de Dios”; es decir que tú eres la misma vida eterna y que en tu carne y sangre no nos das sino lo que tú eres. (S. Agustín).

Señor, quién iremos
Si tú eres nuestra vida;
Señor, a quién iremos
Si tú eres nuestro amor,
Si tú eres nuestro amor.

Quién como tú conoces
Lo insondable de nuestro corazón;
A quién como a ti le pesan
Nuestros dolores, nuestros errores
Quien podrá amar como tú
Nuestra carne débil, nuestro barro frágil.

Quien como tú confía
En la mecha que humea en nuestro interior
Quién como tú sostiene
Nuestra esperanza malherida
Y nuestros anhelos insaciables
Quién como tú espera nuestro sí de amor.

Apéndice
DEL CATECISMO DE LA IGLESIA

«Es duro este lenguaje, ¿quien puede escucharlo?»

1336: El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, igual que el anuncio de la pasión los escandalizó: «Es duro este lenguaje, ¿quien puede escucharlo?» (Jn 6, 60). La Eucaristía y la cruz son piedras de tropiezo. Es el mismo misterio, y no cesa de ser ocasión de división. «¿También

vosotros queréis marcharos?» (Jn 6, 67): esta pregunta del Señor resuena a través de las edades, como invitación de su amor a descubrir que sólo Él tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6, 68), y que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a Él mismo.

«Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios.»

168: «La Iglesia es la primera que cree, y así conduce, alimenta y sostiene mi fe. La Iglesia es la primera que, en todas partes, confiesa al Señor, y con ella y en ella somos impulsados y llevados a confesar también: “creo”, “creemos”. Por medio de la Iglesia recibimos la fe y la vida nueva en Cristo por el Bautismo. En el Ritual Romano, el ministro del Bautismo pregunta al catecúmeno: “¿Qué pides a la Iglesia de Dios?” Y la respuesta es: “La fe”. “¿Qué te da la fe?” “La vida eterna”».

458: «El Verbo se encarnó para que nosotros conociésemos así el amor de Dios: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él» (1 Jn 4, 9). “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16)».

679: «Cristo es Señor de la vida eterna. El pleno derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres pertenece a Cristo como Redentor del mundo. “Adquirió” este derecho por su Cruz. El Padre también ha entregado “todo juicio al Hijo” (Jn 5, 22). Pues bien, el Hijo no ha venido para juzgar sino para salvar y para dar la vida que hay en Él. Es por el rechazo de la gracia en esta vida por lo que cada uno se juzga ya a sí mismo; es retribuido según sus obras y puede incluso condenarse eternamente al rechazar el Espíritu de amor».

El Viático, último Sacramento del cristiano

1524: «A los que van a dejar esta vida, la Iglesia ofrece, además de la Unción de los enfermos, la Eucaristía como viático. Recibida en este momento del paso hacia el Padre, la Comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo tiene una significación y una importancia particulares. Es semilla de vida eterna y poder de resurrección, según las palabras del Señor: “El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día” (Jn 6, 54). Puesto que es sacramento de Cristo muerto y resucitado, la Eucaristía es aquí sacramento del paso de la muerte a la vida, de este mundo al Padre».